

en literatura. Manuel Aples Arce, con poemas como *Canción desde un aeroplano*, deja sentadas las bases de una libertad poética y artística en general, acorde con los tiempos revolucionarios que se vivían. En el estridentismo hay fundamentos para los nuevos tiempos como son el advenimiento de la industrialización y el agigantamiento de las ciudades.

Los países antillanos no estarían ausentes del gran movimiento renovador. El postu mismo se revela como la tendencia a salir de los moldes modernistas y es clara: la etimología del vocablo que lo define. Domingo Moreno Jimenes y su obra *Psalmos*, publicada en 1921, es el representante más importante del vanguardismo dominicano.

En Puerto Rico los *ismos* se suceden rápidamente, precipitando con ello la caída del movimiento en su conjunto y que la difusión del mismo no tuviera los alcances que sus fundadores esperaban. Luis Palés Matos y José de Diego Padró, crean la escuela diepalista, neologismo extractado de sus dos apellidos, hacia 1921. Le siguieron el euforismo, el noísmo y el ultraísmo borinque de Evaristo Rivera Chevremont, poeta que había estado en España. A su regreso escribiría su libro más notable, *Tú, mar y yo y ella*. Desde el periódico *La Democracia* contribuye al conocimiento de otros escritores, con los que consolidó un efímero movimiento iconoclasta.

El vanguardismo llega a Cuba con las ansias de una presencia en las letras castellanas de la poesía afro-antillana. Son los ecos del diepalismo los que golpean a las puertas cubanas y en 1923 nace una asociación cívica llamada «Grupo Minorista de La Habana», grupo que se confesaba de renovación político-social, literario y artístico. A ese minorismo concurren nombres como el de Alejo Carpentier, Jorge Mañach, Félix Lizaso, Juan Marinello y Francisco Ichaso. La *Revista de avance* fue su principal órgano de expresión, plasmando allí esos aires de renovación no desprovistos de radicalización que, a decir de sus autores, eran primordiales para infundir a los nuevos tiempos la dinámica necesaria. Su eco tuvo repercusión en toda América. A esta revista junto a *Contemporáneos* de México, *Martín Fierro* de Buenos Aires y *Amauta* de Lima, puede dársele el título de heraldo de las tendencias revolucionarias que como tal se presentaban en toda Hispanoamérica. Apollinaire, Miguel Angel Asturias, Baudelaire, Ezra Pound, Ortega y Gasset, Unamuno, García Lorca, Alfonso Reyes, César Vallejo; pintores como Picasso, Dalí, Juan Gris, Matisse, Rivera, serían colaboradores de *Revista de avance*. Cuba ejerce así un centralismo afortunado y radiante, aprovechando, quizá, la posición privilegiada que la geografía le otorga en las Américas. Cataliza lo mejor que puede venir de Europa y lo funde en un todo único, mágico y renovador que la afianzan como abanderada del vanguardismo.

En el istmo centroamericano, Nicaragua se perfila como el país líder a la hora de aceptar las corrientes vanguardistas. La patria de Rubén Darío no iba a ser el refugio del ya defenestrado modernismo y no puede escapar a las influencias que recorren todo el continente. Quien llevará la égida renovadora será José Coronel Urtecho, quien en 1927 publicó su *Oda a Rubén Darío* como despedida a una época y saludo a la naciente. Junto a sus seguidores fundan la «Anti-Academia Nicaragüense», en 1930, la que fue germen de publicaciones como *Criterio* y *El Correo*, de Granada, en las que se recogían las colaboraciones más vanguardistas bajo firmas como las de Pablo Antonio Cuadra y Octavio Rocha.

Guatemala no ve florecer en su propio territorio al movimiento vanguardista, pues sus principales exponentes abandonan el país. Miguel Angel Asturias funda en París la revista *Ensayos* en 1920, que se convertiría en el laboratorio de la futura narrativa guatemalteca e hispanoamericana.

Venezuela cuenta a Arturo Uslar Petri como al exponente más importante de su vanguardia literaria, quien se consagra con su libro *Barrabás y otros relatos* en 1928. Es ya un escritor conocido y cuando aparece su obra cumbre *Las lanzas coloradas* su autoridad no hace más que afianzarse. Uslar Pietri no es la solitaria golondrina de este verano, pues a él se unirán Miguel Otero Silva y José Antonio Ramos Sucre. Este último fue quien más profundizó en terrenos del surrealismo, tendencia que no le valió la aprobación de los lectores sino hasta muchos años después.

Colombia continúa en el modernismo, instalado férreamente, y el movimiento vanguardista tardará años en consolidarse. No puede hablarse de un grupo propiamente dicho ni de importantes medios que sirvieran de voceros a las nuevas tendencias. En 1925 aparece la revista *Los Nuevos*, como faro que con luz mortecina trata de guiar a posibles dispersos y tímidos. Acude León de Greiff con un simbolismo demasiado propio, encasillado aún en antiguas retóricas. A destacar, en este desolado panorama colombiano, el libro de Luis Vidales *Suenan timbres* publicado en 1926, arriego logro de romper con esquemas rígidos a base de humor y licencias próximas al prosaísmo.

Más al sur, en Ecuador, no acontece demasiado y lo único digno de mencionar es un grupo antirretórico, impregnado de dadaísmo, del que surge Hugo Mayo como principal exponente, quien editó una revista cuyo título era toda una aspiración al rompimiento de estructuras: *Motocicleta: Índice de poesía de vanguardia*. En prosa, la novela de Pablo Palacio, *Un hombre muerto a puntapiés*, introduce cambios importantes en las letras ecuatorianas.

La cruenta guerra del Chacho no permiten a Bolivia y Paraguay excesivas distensiones como para que el vanguardismo se instale en estas dos repúblicas. Acabada la contienda, las poblaciones tienen que reorganizarse y quienes tuvieron alguna aspiración renovadora en el campo literario tendrían que esperar hasta bien entrada la década del cincuenta para verla hecha realidad.

Uno de los países más destacados en el movimiento vanguardista es, sin lugar a dudas, Perú. Alberto Hidalgo es quien remueve la conciencia cultural del país, anunciándose desde muy joven como un iconoclasta decidido. Pero su autorrenovación es constante y es así como trabaja con elementos ultraístas, simplistas que, en su código de valoraciones, traduce en la búsqueda de la metáfora: «Reunir el mayor número de metáforas en el menor número posible de palabras, tal debe ser la aspiración de todo poeta». El simplismo, según Hidalgo, incorpora a la poesía el valor estético de la pausa. He aquí un ejemplo de ese simplismo:

Las palabras se secan al sol.
 La pluma ordeña el pensamiento.
 En el aire las miradas pastan
 grandes rebaños de metáforas.
 En el campo se escribe con la luz de los trigos.
 Por eso el verso es de oto.

César Vallejo desea con *Trilce*, en 1922, librarse de los últimos vestigios modernistas, lo que ya había iniciado en 1918 con *Los heraldos negros*. Pero Vallejo rechaza de plano los intentos de otros escritores peruanos e hispanoamericanos de hacer de la poesía el remedo de la era que despierta. Es decir, no quiere que en la poesía se reflejen la agresividad y la angustia ficticia de la maquinización y prefiere seguir escribiendo sobre realidades que aún están ahí, latentes, en la realidad americana. Sólo toma de las vanguardias el aspecto técnico, nueva forma de expresión que hacía su verso más accesible a la masa de lectores a que estaría destinada. La emoción humana sigue viva en él y se dispone a seguir transmitiendo el absurdo de la existencia y la solidaridad con el dolor que tanto le preocupó a lo largo de su obra.

Pero el medio de comunicación y expresión que sintetiza la cristalización de la vanguardia en Perú es la revista *Amauta*, fundada en 1926 por José Carlos Mariátegui. Es todo un foro donde tienen cabida los últimos acontecimientos en ámbitos de la filosofía, la política, la literatura, las plásticas e incluso la ciencia. Está plenamente politizada y su fundador sienta las bases en un editorial al declarar a la publicación no sólo como una de disertación poética, sino que tiene además una búsqueda clara a nivel ideológico: el socialismo. Contestación al tratamiento burgués del arte que le había encasillado en moldes sólo disfrutables para las clases acomodadas. El carácter indigenista está puesto de manifiesto en el título de la publicación, ya que *amauta* significa «sabio» en inca, y es recogida con la doble connotación, tanto religiosa como poética, que el término tenía en la antigua civilización peruana. En cuanto a la tendencia vanguardista más difundida por *Amauta* hay que destacar la surrealista, cuyos máximos exponentes son: César Moro, Xavier Abril y Emilio Adolfo Westphalen.

No sólo en Chile, sino en todo el ámbito hispano, Vicente Huidobro es la cabeza visible de la vanguardia, pues fue él quien se sumergió en las nuevas corrientes en boga en Europa. El verso artístico con que está estructurado el ejercicio *Non serviam* y la abierta declaración del poeta como dios creador al que no le pueden encorsetar con esquemas duros. Su residencia en Francia fue definitiva, pues difícilmente en su país natal hubiera dado pasos adelante con la libertad con que podía hacerlo en Europa. Sus «manifiestos» son ya de por sí un género literario como han apuntado analistas e historiadores.

En consonancia con el creacionismo huidobriano se presenta, una década después, el surrealismo de Pablo Neruda, siendo su órgano más representativo *Caballo verde para la poesía*, revista editada en Madrid en la que confluyen tendencias simpatizantes con el cubismo y el caligrafismo de Apollinaire. Aparentemente las contradicciones estéticas entre Huidobro y Neruda, puesto que las había, irían a separar ambas concepciones poéticas, pero a la postre se difuminarían al llegar el contacto histórico al que pertenecen: la primera etapa vanguardista. A estos ilustres nombres, a los que sacar más brillo resulta innecesario, habría que agregar los de Juan Emar, Pablo de Rokha, Rosamel del Valle y Jorge Edwards Bello.

En Argentina el vanguardismo florece hacia la segunda década aunque ya se venía gestando el proceso pero necesitó de una generación más enérgica para que saliera a flote. Ricardo Güiraldes está ya plenamente instalado en el ultraísmo, puesto que ha desdeñado métricas y rimas, su poesía es de una metáfora ágil y el temario buscado se adentra en terrenos hasta ahora insospechados para el arte poético. Macedonio Fer-

nández contribuye a la nueva era con el humor y la especulación metafísica. El regreso de Jorge Luis Borges a Argentina le da al vanguardismo el definitivo empuje que necesitaba. Atrás va a quedar la timidez y la marginación, pues el autor de *Fervor de Buenos Aires* ha estudiado con profundidad el expresionismo alemán y el ultraísmo español. La hoja mural *Prisma* es ya de por sí el manifiesto definitivo, pues colaboran en ella los jóvenes que traían de Europa la corriente renovadora. Guillermo de Torre, Guillermo de Juan, Eduardo González Lanuza y el mismo Borges son quienes van a imponer pautas concretas a un movimiento que sólo se distinguía por su euforia pero que no lograba cuajar en una escuela definitiva en sí. El ultraísmo condensa aspectos heredados de los *ismos* que proliferaban y que triunfaban o desaparecían de forma intermitente: futurismo, dadaísmo, expresionismo, cubismo, creacionismo, etcétera.

El vanguardismo uruguayo se concreta con la aparición del grupo nativista. Es un movimiento que continúa con la exaltación del espíritu tradicional, autóctono, pero con un tono novedoso, tendente a renovar las estructuras físicas en sí, influido totalmente por el ultraísmo bonaerense. Completamente instalado en la vanguardia se le ve, cuando sus principales autores se centran en la explotación de la metáfora como *alma mater* del quehacer poético. Fernán Silva Valdés y Pedro Leandro Puche, serán sus principales exponentes.

Avanguardie storiche, título en italiano de *Las vanguardias literarias en Hispanoamérica* es un interesante ensayo sobre lo que significaron para el Continente las nuevas tendencias literarias y del momento histórico-político en que se afianzaron. Sabido es que la irrupción de un movimiento tiene por fuerza que estar ligada al avatar político de la época y con el sentido en pro o en contra que éste se pronuncie sobre la expresión artística que pugne por abrirse paso. La obra de Hugo J. Verani trae, además del aspecto literario, un momento de la vida hispanoamericana, transición de una sociedad anclada en el pasado siglo, pero ya urgida por la nueva era industrializada y de libre mercado. Se aprecia claramente la dependencia que aún había de Europa y los visos de penetración de Norteamérica como potencia.

Miguel Manrique